

Nadie podía hacer funcionar aquellas articulaciones o devolverles el milagro de la locomoción. Allí seguiría hasta que lo encontrasen. Y ¿qué ocurriría entonces? Su carne muerta lanzaría un grito que resonaría por toda Inglaterra y poblaría el mundo con el anuncio de su persecución. Muerto o vivo, aquello seguía siendo el enemigo.

Aún seguía pensando en esto cuando, primero uno y luego otro, con los ritmos y las voces más variadas, profundas como la campana de una catedral o ligeras como el prelude de un vals, los relojes empezaron a dar las tres.

La repentina irrupción de tantas lenguas en aquella estancia silenciosa le desconcertó. Empezó a ir de un lado para otro con la vela, acosado por las sombras fugaces y sobresaltado por los reflejos. En muchos espejos de lujo, algunos de estilo inglés, otros de Venecia o de Ámsterdam, vio su rostro multiplicado, como si se tratara de un ejército de espías. Sus propios ojos se encontraban y se reconocían, y el sonido de sus propios pasos, por ligero que fuese, turbaba la calma circundante.



—Como ustedes dos cerraban sus puertas con llave por la noche, el acceso a sus habitaciones resulta imposible por ese lado. ¿Tendría usted la bondad de entrar en su habitación ahora y cerrar los postigos de la ventana?

La señorita Stoner hizo lo que le pedían, y Holmes, tras haber examinado atentamente la ventana abierta, intentó abrir los postigos cerrados, pero sin éxito. No había rendija alguna que permitiese introducir un cuchillo y levantar la barra de hierro. Examinó también las bisagras con la lupa, pero eran de hierro macizo y estaban bien empu-tradas en la pared maciza.

—¡Hum! —dijo, perplejo, mientras se acariciaba la barbilla—. Ciertamente, mi teoría presenta algunas dificultades. Nadie podría pasar con estos postigos cerrados. Bueno, veamos si el interior arroja alguna luz sobre el asunto.

Una pequeña puerta lateral nos condujo al pasillo encalado al que daban los tres dormitorios. Holmes se abstuvo de examinar la tercera habitación y pasamos directamente a la segunda, donde ahora dormía la señorita Stoner y su hermana

había encontrado la muerte. Era una habitación muy confortable, de techo bajo, con una amplia chimenea de estilo rural. En un rincón se erguía una cómoda de color castaño, y en otro había una cama estrecha con una colcha blanca. A la izquierda de la ventana se veía una mesa de tocador. Esos artículos, más dos sillas pequeñas de mimbre, constituían todo el mobiliario de la habitación, además de una alfombra cuadrada de Wilton⁵³ que ocupaba el centro. Las paredes y el suelo estaban revestidos de madera de roble, tan vieja y descolorida que debía de pertenecer a la edificación original.

Holmes colocó una silla en un rincón y se sentó en silencio, mientras su mirada recorría la habitación de un lado a otro, arriba y abajo, asimilando cada detalle.

—¿Con qué se comunica esta campanilla? —preguntó por fin, y señaló un grueso cordón de campanilla, que colgaba junto a la cama, de tal modo que la borla yacía sobre la almohada.

⁵³ Ciudad del condado de Wiltshire, famosa por su manufactura de alfombras.